



Cuentos indígenas de Puebla

Adaptación | Pablo Escalante Gonzalbo

Ilustración | Nuri R. Melgarejo

Cuentos indígenas de Puebla

Adaptación | Pablo Escalante Gonzalbo

Ilustración | Nuri R. Melgarejo

Investigación | Luz del Carmen Cuéllar Valcárcel
y Paloma Escalante Gonzalbo

Diseño | Eduviges I. López Díaz

Coordinación editorial | Silvia Rodríguez Molina

Asesoría editorial | RIZOMA Gestión Cultural

Cuidado de la edición | Teresa Ramírez Vadillo

Publicado con fondos del programa

El Museo Amparo va por ti

Etiquetado en el presupuesto de egresos de la Federación 2014 / Conaculta
a través de la LXII Legislatura de la Cámara de Diputados

ISBN | 978-607-95918-7-8

Cuentos indígenas de Puebla

Adaptación | Pablo Escalante Gonzalbo

Ilustración | Nuri R. Melgarejo



Museo Amparo



FUNDACION AMPARO

CONACULTA



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS

Empieza a leer historias

Un conejo toca la guitarra y una muchacha se convierte en sirena por pasar tanto tiempo en el agua. Un asno platica con un marranito. Un hombre con poderes mágicos mete a una anciana en el horno para transformarla. Los perros reflexionan, los burros hacen cálculos sobre el peso de su carga. Las monedas de oro se multiplican.

También aparecen algunos personajes de la antigua religión indígena, como el dios del maíz, los pájaros carpinteros que descubren el depósito de semillas en el interior de la montaña o el dios Quetzalcóatl, bajo la forma de una serpiente que se transforma en Venus.

Hay brujas que caen sobre la tierra como luces de bengala y otras mujeres misteriosas que van por los caminos.

Muchas comunidades rurales de México son indígenas; sus habitantes hablan alguna lengua nativa o se identifican con

los valores, las costumbres y, en una palabra, con la cultura de algún pueblo indígena. Una parte esencial de esa cultura es la tradición oral, es decir, el arte de recordar y contar, de generación en generación, diversos relatos. Aquí hemos reunido historias contadas por nahuas, totonacos, otomíes y popolocas, todos ellos del estado de Puebla.

Hemos vuelto a escribir, simplificando el lenguaje y tratando de unificar el estilo de los relatos, las versiones originales recogidas durante décadas por antropólogos, lingüistas, maestros bilingües y algunos miembros de las comunidades.

¡Disfrútaló!



Las sirenas de la sierra

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Nosotros las llamamos *siwateyomeh*. Viven en los ríos, allí pasan todo el día chapoteando y nadando. Su cuerpo es muy blanco y sus brazos son largos, tan largos que las manos les llegan a los tobillos. Sus manos siempre están frías.

Dicen que a las *siwateyomeh* les gusta mucho platicar entre ellas y que constantemente hacen bromas, se hacen reír unas a otras.

Cuando los hombres pasan cerca del río las *siwateyomeh* los llaman, quieren saludarlos, quieren hablarles, quieren que sean sus esposos y tratan de atraparlos.





Los duendes del bosque

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Los *masakameh* son duendes malos y traviosos, les gusta molestar a la gente durante la noche.

Si un hombre llega a encontrarse de noche rodeado de árboles, en una montaña boscosa, los *masakameh* lo hacen perder el camino. Le lanzan un hechizo con el que le nublan la vista, ahora ya no puede ver bien. Entonces lo

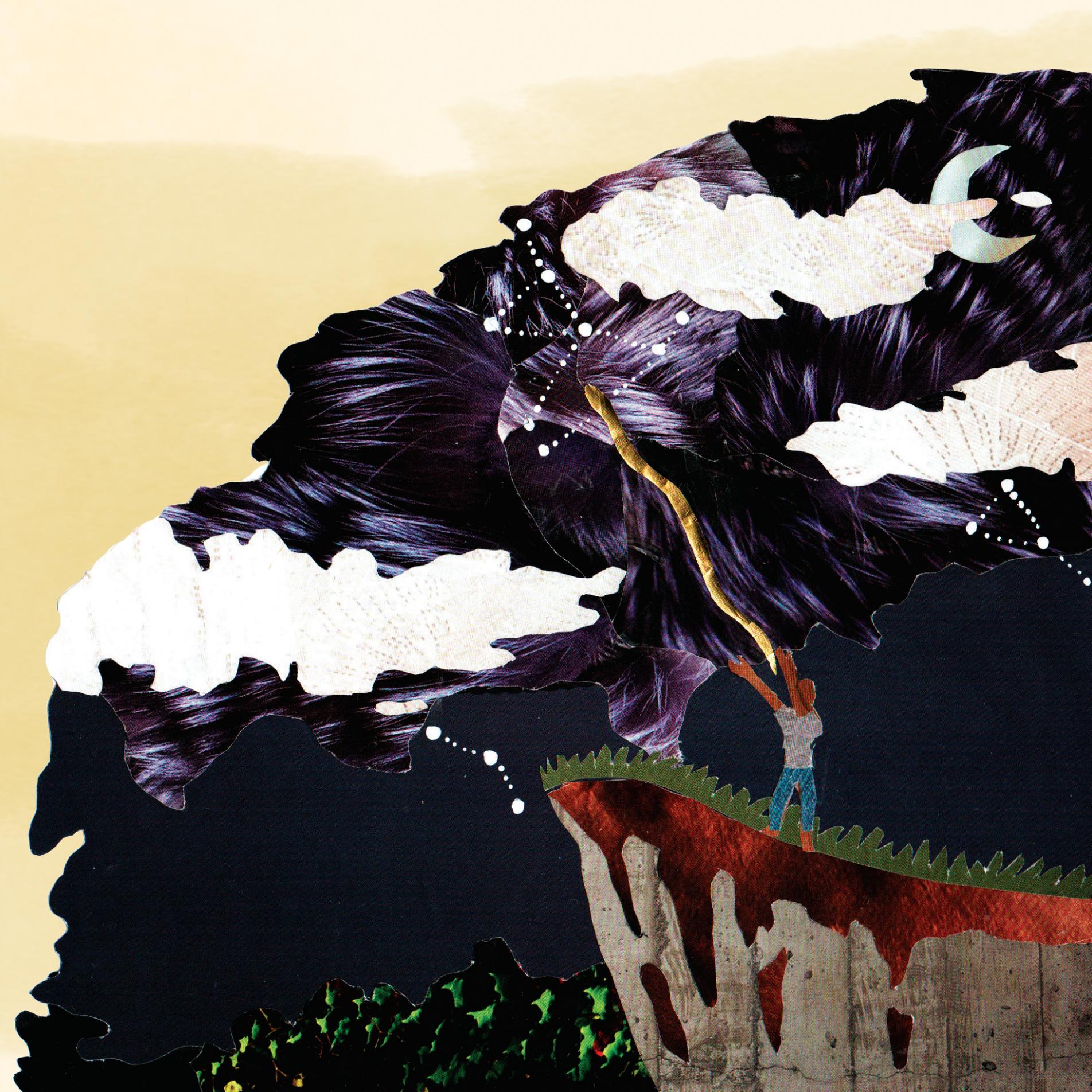


conducen adonde hay barrancas, donde el camino es muy malo y difícil y es peligroso pasar.

Después de llevarlo al lugar peligroso, lo abandonan.

Nada puede hacer el hombre, está perdido, no puede ver bien, se tropieza.

Sólo cuando sale el sol el hombre encuentra el camino y puede regresar a su casa. Por eso la gente teme a los *masakameh*, espantan mucho a los caminantes.



La serpiente que se convirtió en Venus

[TOTONACOS DE LA SIERRA]

Hubo una vez un viejo que encontró una serpiente en su ranchito. Era una serpiente-venado, de las que dan dinero a la gente.

–Llévame a tu casa –le dijo la serpiente al anciano.

–Pero no sé cómo voy a alimentarte –contestó él.

–¡Ah! Entonces sí estás dispuesto a llevarme. Trae un canasto y llénalo de algodón para que yo pueda acostarme.

El viejo hizo lo que la serpiente le pedía y se la llevó adentro de su casa. Ese día habían guisado pollo. El hombre comió y le convidó a la serpiente. Cuando la serpiente quedó satisfecha



se fue a dormir en su cama de algodón. Pero antes de acostarse le pagó al viejo, le dio dinero. Y esto se repitió cada día: la serpiente comía, le daba dinero al anciano y se iba a dormir.

Después de un tiempo el viejo se cansó de la serpiente, ya no quería cuidarla. “Me voy a deshacer de ella”, pensó, y al día siguiente se levantó de madrugada, cogió el canasto con la serpiente y salió de su casa.

Estaba todavía oscuro. El viejo sacudió con fuerza a la serpiente, la hizo girar mientras la sujetaba por la cola, y finalmente la lanzó lo más lejos que pudo. Con tanta fuerza que la serpiente llegó hasta el cielo y se convirtió en la estrella que los viejos llamaban el Lucero, y que hoy conocemos como Venus.



Sentiopil, el hijo del maíz

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Sentiopil, el hijo del maíz, era un joven muy astuto pero vivía rodeado de enemigos. Sus enemigos eran los *tzitzimime*, que querían comérselo a como diera lugar. Estos *tzitzimime* eran como fieras, no eran hombres, eran seres malvados muy primitivos.

Un buen día, los *tzitzimime* quisieron engañar al hijo del maíz.



–Métete en el temazcal –le dijeron–. Toma tu baño de vapor.
Te vas a sentir muy bien. Qué agradable será.

Pero el joven Sentiopil ya se imaginaba lo que esos
malvados tenían en mente. ¡Lo querían asar! Así, mientras
los viejos *tzitzimime* iban en busca de leña, él fue a traer
a dos tortugas amigas suyas.

Al cabo de un rato la lumbre calentaba bastante y los viejos le dijeron que ya se metiera a bañar. Aquello era un horno, pero Sentiopil pidió a las tortuguitas que fabricaran una pequeña laguna, de manera que se bañó con agua caliente. No se quemó, como querían los viejos, sólo tomó un buen baño.

Cuando los *tzitzimime* abrieron para ver si ya estaba bien asado y se lo podían comer, Sentiopil apareció vivo.

–Qué delicioso baño –dijo–. Ahora les toca a ustedes. Prepárense para bañarse, yo iré por la leña.

Y así es como Sentiopil se deshizo de los *tzitzimime*. Y desde entonces se le quedó la costumbre de tomar baños de vapor en el temazcal.



Las brujas de la sierra

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Hace mucho tiempo había brujas en las montañas, cerca de los pueblos y en las rancherías. Esas brujas tenían el poder de flotar, pero sólo lo hacían cuando creían que nadie las estaba mirando. Entonces iban de un lado a otro sin poner los pies en el piso.



Algunas veces las brujas llegaban durante la noche; eran como luces de bengala que caían del cielo. Algunos dicen que se veía primero una luz intensa que arrojaba chispas brillantes, y de esa luz salían disparadas otras luces hacia diferentes partes. Cada luz era una bruja, y donde caían iban a hacer maldades.

Dizque esas brujas sabían dar cachetadas muy fuertes y por eso hacían tanto daño.

Había unos señores que se dedicaban a proteger a la gente de las brujas. Los llamaban “los rezanderos”. Lo que hacían era rezar, pero rezaban al revés, empezando las oraciones y las palabras por el final.

Cuando los rezanderos veían las luces en el cielo se ponían a rezar en reversa y así lograban que las brujas cayeran a sus pies. Las brujas se espantaban, miraban a los rezanderos con temor. Entonces ellos tenían el poder para ordenarles a las malvadas brujas que se fueran y que no volvieran a dañar a la gente.



Cómo atacaban los coyotes

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Dice la gente de Atenti, un pueblo nahua de la sierra, que antes había más coyotes que ahora. Puesto que cada vez hay más casas y menos bosques, todos los animales han ido desapareciendo. Hace como treinta años que los coyotes no han vuelto a atacar.



Antes los coyotes iban tras los rebaños de ovejas de los campesinos y también asaltaban sus corrales para llevarse a las gallinas. Cuando atacaban en grupo, varios coyotes hambrientos podían acabar con un rebaño completo o dejar vacío un corral en una noche.

Los coyotes no se llevaban todos los animales que habían cazado. Cuando se iban dejaban algunos borregos o algunas gallinas así, tendidos en el piso, acomodados como formando una fila. Al amanecer huían de regreso a su guarida, que se conoce como el “lugar de las peñas blancas”.



La Llorona anda por los caminos de la sierra

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Se dice que el fantasma de una mujer anda triste por los caminos de la sierra. Es la Llorona: su alma nunca pudo entrar al cielo. Se quedó en la tierra y vaga por barrancas y senderos. Viste de blanco y se desplaza sin poner los pies en el suelo, como si flotara.



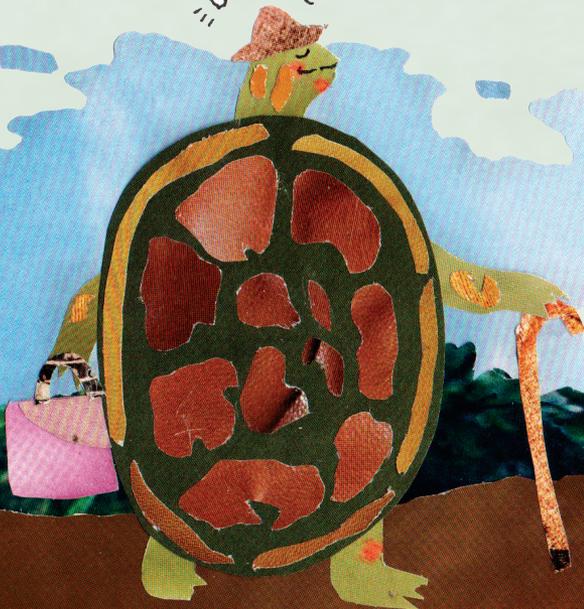
Se les aparece a los que salen borrachos de alguna fiesta y toman el camino en la noche para regresar a su ranchito o a su pueblo. Algunos caminantes, escondidos detrás de los matorrales, la han visto pasar.

A veces la Llorona hace un largo aullido: “¡Uuuuuuuuhhhh!” Y a veces se la oye, clarito, decir: “¿Dónde están mis hijos”? Algunas noches la Llorona hace un recorrido muy largo, la oyen pasar por varios pueblos. Va siguiendo el camino, y por donde pasa los perros se alborotan, ladran mucho.

La gente que ha oído el aullido de la Llorona ya nunca lo olvida.



≡DÍA 2≡



La tortuga invitada a la boda

[OTOMÍES]

Un día le preguntaron a la tortuga si iba a ir a la boda.

Algunos dicen que era la boda de unos gatitos.

–Pues claro que voy –dijo la tortuga–, pero para llegar a tiempo tengo que salir ya.



Así pues, la tortuga se puso en marcha un mes antes de la boda. Llevaba ropa limpia para cambiarse al final de la travesía; quería ir muy arreglada a la fiesta.

Por suerte, cuando faltaban ocho días para la boda la tortuga llegó a la casa donde iba a celebrarse. Pero había varios escalones y eso era difícil para ella, necesitaría ocho días para subirlos. Era justo el tiempo que tenía, de modo que empezó a subir de inmediato.

Cuando sólo le faltaba un escalón, la tortuga tropezó, resbaló y volvió a quedar en el primer escalón.

–Ya no subiré otra vez –se dijo la pobre– porque no alcanzaría a llegar a la boda. Mejor me regreso a mi casa.



La señora de blanco, una historia de miedo

[OTOMÍES DE LA SIERRA]

Esto ocurrió un día de madrugada, cuando salí de mi casa para ir al trabajo. Apenas había cerrado la puerta y miré hacia el camino. Alguien venía, pero no era una persona común: era una señora muy grande y muy blanca. Esta mujer no caminaba, sino que iba como volando despacio, a dos palmos del suelo.



Avanzaba hacia mí y estaba a punto de alcanzarme, así que regresé corriendo a la casa, y cerré la puerta. Así me quedé, dentro de la casa esperando a que la señora pasara de largo. Al cabo de dos minutos volví a abrir. No vi nada, la mujer de blanco había desaparecido.





El maíz y los pájaros carpinteros

[NAHUAS DE LA SIERRA]

En aquel tiempo no había maíz todavía, la gente no conocía el maíz. Entonces andaban por la sierra dos pájaros carpinteros; eran una pareja, macho y hembra.

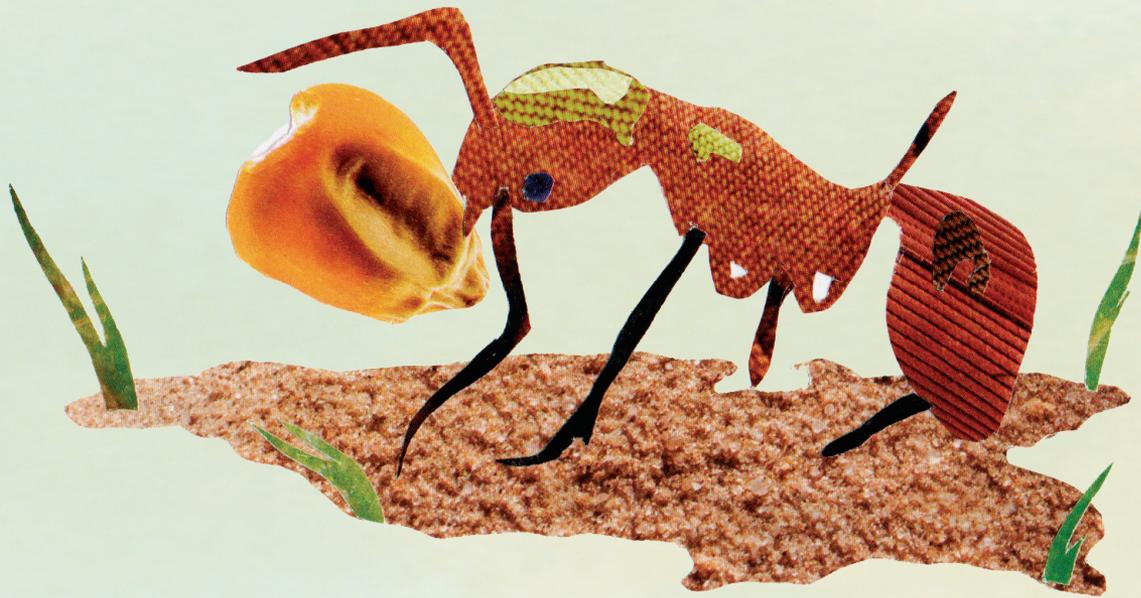
–Veamos si dentro de la montaña hay maíz –dijo uno de los pájaros.

–Sí, vamos a picotear el cerro hasta que logremos abrirlo. Tal vez en una cueva, tal vez en su interior haya maíz –dijo el otro.

Los pajaritos se dirigieron al cerro que habían escogido. Era grande, no estaba muy lejos del pueblo, y ellos estaban seguros de que allí encontrarían maíz.

Empezaron a picotear; esto sabían hacerlo muy bien, pues ya dijimos que eran pájaros carpinteros. Picotearon todo el día, a ver si se abría el monte, a ver si se hacía un agujero, si se descomponía el monte. Pero al final del día estaban cansados, no lo habían logrado.

El segundo día tampoco consiguieron abrir el cerro. “Tal vez mañana”, pensaron, y se fueron a descansar.



El tercer día otra vez se aplicaron, se dedicaron a dar picotazos en el cerro desde la mañana. Al mediodía, por fin, acabaron de partir el cerro, se rajó por fin el cerro.

En ese momento se desprendió una roca que fue a golpear en la cabeza a uno de los pájaros carpinteros. El golpe hizo sangrar su cabeza, era el macho.

–Ya te vas a morir –dijo la hembra.

–No, no me muero, sólo es un golpe. Era necesario que se desprendiera la piedra. Ahora ya sale el maíz.

El maíz brotaba del interior de la montaña, se regaba muchísimo maíz. Pero nadie sabía todavía que el maíz estaba allí. Así pasaron cuatro días, entonces las hormigas lo descubrieron. Eran hormigas de las que llamamos arrieras; empezaron a agarrar el maíz y se lo llevaban cargando montaña abajo.

De ese modo la gente supo del maíz, porque vieron pasar a las hormigas. Se fijaron en lo que traían y les pareció que era muy bonito, era un maíz muy blanco.

Entonces se fueron juntando, primero uno, luego otro, hasta que fueron cinco señores. Y empezaron a seguir a las hormigas. El camino era difícil, el primer día no llegaron. Descansaron y continuaron al día siguiente.

A veces tenían que cortar árboles para poder avanzar por la sierra. Así iban subiendo, se iban acercando. El tercer día ya llegaron, por fin encontraron la montaña. Allí estaban las hormigas recogiendo el maíz que brotaba del interior.

–Ahora regresemos al pueblo –dijeron los señores–. Nosotros ya hemos visto dónde está el maíz, avisemos a la gente para que todos vengán a recoger, que todos tengan maíz.



Los escondites del general

[NAHUAS DE LA SIERRA]

La gente de la sierra cuenta que hace tiempo hubo un general muy valiente en la región de Tetela, se llamaba Juan Francisco Lucas y era muy hábil, nunca lo atrapaban.

Un día sus enemigos lo perseguían por la montaña y estaban a punto de alcanzarlo cuando el general pasó por un pueblo que se llama Zontecomapan. Allí vio a una señora que cosía,

sentada afuera de su casa. En aquella época las mujeres usaban faldas muy largas y muy amplias. El general Lucas no lo pensó dos veces y se fue a meter debajo de la falda de la señora. La falda era tan ancha que no se notaba nada. Entonces llegaron los soldados que lo perseguían.

–¿Ha visto usted a uno que venía corriendo? –le preguntaron los soldados a la señora.

–Sí lo vi –dijo ella–. Se fue para allá.

La mujer les señaló en dirección de Tetela y los soldados se fueron corriendo. De este modo el general logró salvarse y fue en busca de sus hombres para enfrentarse a sus perseguidores.

Otra vez que el general era perseguido por sus enemigos buscó refugio en la hacienda de Taxcantla. Pero quienes lo seguían llegaron y rodearon la hacienda. Aparentemente el general no tenía escapatoria. Entonces vio un caballo y tuvo una idea. Ordenó a los peones de la hacienda que mataran al caballo. Ya que había muerto el animal, el general le abrió la barriga y se metió dentro.

Cuando los enemigos del general llegaron a la hacienda vieron al caballo muerto. Un oficial ordenó a los peones que lo alejaran de allí antes de que empezara a oler mal. Los peones arrastraron al caballo lejos.

Cuando el general se dio cuenta de que estaba fuera del alcance de la vista de sus perseguidores, salió del caballo y fue a reunirse con sus hombres.



Se cuenta que algunos de los enemigos de Juan Francisco Lucas llegaron a pensar que el general caminaba por debajo de la tierra, como si hubiera túneles, y por eso nunca lograban atraparlo.





El tesoro del Popocatepetl

[TRADICIÓN NAHUA DE HUAQUECHULA]

Nosotros le decimos don Goyo, o sea, Gregorio, así se llama el volcán. Y así lo conoce también la gente de otros pueblos, los que están más arriba y también en Morelos.



日本国

Don Goyo tiene muchos secretos y no le gusta cuando la gente se mete a tratar de averiguarlos. Hemos visto grupos que van a explorar, se meten a las cañadas; nosotros entendemos que van en busca de los secretos del volcán, y esto a él no le gusta.

Además, don Goyo tiene un tesoro muy especial. Está dentro de una cueva y nos han contado que es así: hay una mesa, una gran mesa de piedra apoyada en otras cuatro piedras; es una mesa muy lisa, muy pulida. Sobre esta mesa de piedra están sus joyas, que son una diadema de oro, un collar de oro, sus brazaletes de oro, un cinturón de oro y otros como brazaletes para sus tobillos. Todo colocado sobre la mesa. Varias personas han querido tener este tesoro.

Pues bien, esto sucedió en el año 1994, cuando llegaron los japoneses. Entraron por aquí y nosotros los vimos, por eso sabemos que eran japoneses. Decían que iban a hacer investigaciones, pero en realidad iban a conocer sus secretos de Goyito. Y dicen que ellos se llevaron el tesoro de la cueva del volcán, la diadema de oro, los brazaletes, todo; que se lo llevaron a Japón. Y pues esto no le gustó a Goyito, y se enojó mucho. Se le escuchaba rugir porque estaba disgustado; muchos días estuvo tronando y gruñendo. Era su disgusto.

Luego nosotros supimos por la televisión que hubo un gran terremoto en el Japón por esos días, en un sitio que se dice Kobe pero es en Japón. Y la gente sufrió mucho allá y murió mucha gente. Éste fue el castigo que don Goyo les

mandó porque le robaron su tesoro. Y aquí se disgustó y hacía como temblores y ruido, pero no nos hizo daño. A nosotros no nos hizo daño porque él sabía que los que le habían robado su tesoro eran los japoneses.

Esto pasó cuando se disgustó Goyito, y todavía no está bien. Debe de ser que no le han devuelto su tesoro, y todavía no está tranquilo.



Cuando los espíritus andan por el campo

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Dicen los viejos que algunos hombres pueden transformarse en animales. Su tonal, su espíritu, se mete en el cuerpo de un gato montés, de un coyote, de un zorro o de otro animal. Y así es como estas personas se transforman.

Los parientes de esta gente especial ya lo saben. Por eso cuando un primo ve al animal, o tal vez la nuera o la comadre, en seguida dicen: “Ahí va su tonal” o bien “Véanlo cómo se transforma cuando quiere”.

También dicen los viejos que cuando muere alguien a quien le gustaba mucho montar a caballo su espíritu sigue haciendo lo mismo durante mucho tiempo, corre por los mismos parajes en los que el difunto galopaba.



También dicen que el espíritu de estos jinetes se monta en el viento y galopa, como si el viento fuera su caballo. Están extrañando la época en que eran personas y galopaban.



De cómo se hicieron amigos el perro y el coyote

[OTOMÍES]

Un día el coyote iba por el camino cuando se encontró a un perro viejo.

–¿Y tú qué haces en el monte? –preguntó el coyote.

–Mi amo ya no me quiere –respondió el perro–, dice que ya no sirvo para cuidar el gallinero, así que me corrió de nuestro ranchito.

–Pues no te preocupes, eso lo vamos a arreglar. Esta noche no te duermas temprano, quédate despierto hasta que yo llegue. Me voy a meter al gallinero y atraparé una gallina. No la voy a morder muy fuerte, nomás la voy a jalar del pellejo. Tú harás gran alboroto, ladrarás, me perseguirás y harás como que me muerdes. Entonces yo te dejaré la gallina y saldré corriendo. Tomas la gallina y se la entregas a tu amo. Ya verás que tu amo te vuelve a querer.

Esa noche tanto el perro como el coyote hicieron lo que habían planeado y todo salió bien.



Al día siguiente el coyote volvió a encontrarse con el perro en la montaña.

–¿Cómo te fue, perrito viejo? ¿Qué pasó?

–Mi amo ya me quiere otra vez, gracias a ti, coyotito.

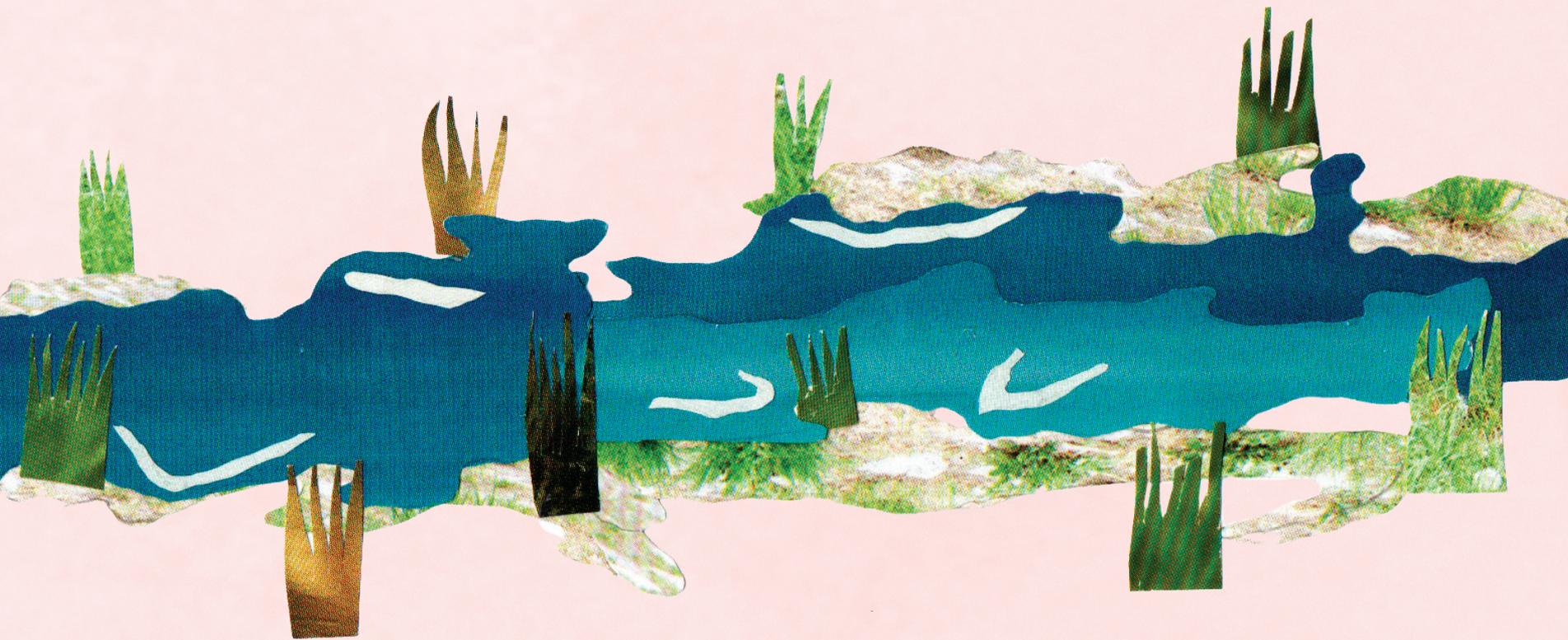
–Ya ves, yo te lo dije. Luego nos vemos por ahí.



Los pretendientes de la Malinche

[TRADICIÓN NAHUA DE CUAUHTINCHAN]

Dicen que hace mucho tiempo, antes de que llegara la gente aquí, las montañas se hablaban, como si fueran personas.



La Malinche era una señora, y estos cerros que rodean nuestro pueblo eran hombres: el cerro Cuauhtinchan y el Tentzo.

La Malinche era muy hermosa y lógicamente tenía varios pretendientes. Aquí en Cuauhtinchan sus pretendientes eran el Tentzo y el cerro Cuauhtinchan, donde está la Cueva del Águila. Los dos querían a la Malinche. Entonces la Malinche decidió ponerles una prueba para decidir quién de ellos iba a merecer su amor. Ésta fue la prueba: la Malinche les dijo a ambos:

–Haré mucho pis; arrojaré un gran chorro de orines. Aquel de ustedes que logre detener el gran chorro será a quien escogeré.

El Tentzo y el cerro Cuauhtinchan se prepararon para la prueba. El día que vino el gran chorro el cerro Cuauhtinchan fue el que

más se apuró, corrió a detener el chorro. Se puso de lado, para atajar mejor los orines que la Malinche mandaba. Pero el chorro era muy fuerte, de manera que empezó a romper la ladera del cerro hasta que lo partió en dos. Así, los orines siguieron su curso, abriéndose paso a través del cerro Cuauhtinchan y continuaron por el valle.

El Tentzo tuvo otra astucia, pues se había dado cuenta de la fuerza del chorro. Decidió replegarse, se distanció del cerro Cuauhtinchan y se fue alejando hacia el sur. Para cuando los orines de la Malinche llegaron a la falda del Tentzo ya no tenían fuerza. Y entonces el Tentzo empezó a atajarlos, los pudo detener y su ladera no se rompía. Y así es como el Tentzo ganó la prueba, y entonces se quedó él de pretendiente de la Malinche.

De este modo se separaron las dos sierras y se formó el valle donde estamos nosotros. Es por eso que el cerro Cuauhtinchan está partido en dos, y justo por la mitad pasa el río. Pero si se han fijado es un río bien turbio, a veces viene como café, a veces verdoso. No es agua cristalina, pero las cabras sí la beben. Antiguamente fueron los orines de la Malinche.







El demonio que vive en la montaña

[POPOLOCAS]

Unos le dicen “el malo”, otros lo conocen como el Chinentele, en realidad es el demonio. El demonio engaña a la gente cambiando de aspecto y disfrazándose. Unos dicen que se viste de charro, muy elegante, con su traje negro y sus adornos de plata. Otros lo han visto tomar la forma de algún animal. Muchos dicen que se convierte en una calandria: sí, ese pajarito que se mira tan inofensivo.



Dicen que el demonio le hace promesas a la gente, le dice que va a tener mucho dinero, o que va a tener vacas, cabritas o marranos. Pero a cambio la gente tiene que servir a este demonio, que es muy malo y traicionero.

Según dicen, si alguien hace un pacto con el demonio para volverse rico, el demonio le dará una moneda a esta persona y le pedirá que la guarde en una cajita durante la noche. Dicen que al amanecer la caja siempre está llena de dinero. Pero esa riqueza no es buena porque no es fruto del trabajo sino de la extraña magia del demonio. Además, el alma del que recibe todo ese dinero queda comprometida con el malo de la montaña para siempre.

Por aquí en nuestro pueblo nadie se ha animado a hacer un pacto con el demonio de la montaña. Preferimos vivir pobremente, sin comprometernos con nadie extraño, y seguir, según creemos nosotros, del lado de Dios.



El dios del maíz y las mazorcas apolilladas

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Ocurrió una vez que a un hombre se le echó a perder la cosecha. Todas sus mazorcas se le llenaron de polilla, así que las fue a tirar al río.

Al poco tiempo un leñador se acercó justamente a esa parte del río y se sorprendió al ver a un viejo dentro del agua. El pobre anciano tiritaba de frío y le pidió al leñador que lo llevara a su casa.



El leñador lo pensó un momento, pues se trataba de un desconocido, pero al final se compadeció de él y lo llevó a su ranchito.

El viejo era medio güero, iba todo vestido de blanco y cargaba un morral. Pero al parecer no tenía nombre. Lo único que dijo fue: “Ya verás que en tu casa les voy a agradecer” y “No soy una persona cualquiera”.

Al llegar a casa del leñador el anciano se secó y se calentó y pidió que le dieran una telera y un atole. Eso fue todo lo que comió. Luego se sentó y se quedó quietecito el resto de la tarde.

Al día siguiente la casa amaneció llena de mazorcas, como si durante la noche hubieran vaciado varias trojes en el patio. Pero no había rastro del anciano. Algunos dicen que era el dios del maíz, que estaba dentro de las mazorcas apolilladas y que tomó la forma de persona para probar qué tan generoso era el leñador. Como vio que lo ayudaba decidió premiarlo.



El señor que curó a la hija del dios del maíz

[TOTONACOS]

Había una vez un señor que vivía muy humildemente y con grandes necesidades porque su milpa sólo daba mazorcas podridas. Apenas le alcanzaba para sobrevivir.

Un día este señor iba por el bosque cargando un bultito de leña cuando encontró a una pobre niña con el cuerpo cubierto de granos.

–Ayúdame –le dijo la niña–. Necesito que me cures, estoy muy enferma.

El campesino era muy buena persona, así que cargó a la niña a la espalda con su mecapal y se la llevó a su ranchito para que su mujer la atendiera.

La esposa de este señor cuidó muy bien a la niña y al cabo de unos días estaba curada. Sana y feliz, la pequeña se quedó a vivir con ellos.

Después de un tiempo llegó el día de la cosecha. El hombre fue a la milpa esperando, como siempre, lo peor. Y cuál sería su sorpresa al descubrir que todas las mazorcas estaban sanas y eran enormes, como nunca las había visto.

La pareja de campesinos estaba por fin feliz. Con ese maíz no sólo comerían bien todo el año, sino que podrían vender una parte en el mercado para comprar velas, cobijas y jabón.

La niña vio cómo el hombre apilaba el maíz en el patio de la casa, carga tras carga hasta que hubo un buen montón.

–Señor, hazme un banquito de madera –dijo la niña–.
Quiero sentarme aquí, junto al montón de maíz.

Los señores estaban felices, por fin había acabado su desgracia. La niña pasaba los días sentada en el banquito junto al montón de maíz, hasta que un día desapareció.



Los señores estuvieron un poco tristes, pero también estaban contentos de no pasar más hambre. Entendieron que la niña era la hija del dios del maíz. La niña había estado enferma, como las mazorcas de la milpa. En agradecimiento porque curaron a su hija, el dios del maíz les concedió para siempre buenas cosechas.

Tal vez la niña estará dentro de la montaña, donde vive el dios del maíz. Y tal vez se llevó el banquito con ella.



GUAW!

El perro y el toro

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Cierto día, cuando el toro regresó al lugar donde se echaba para descansar y pasar la noche, se encontró con que había un perro descansando justamente encima del zacate que le servía de alimento.



Cuando el toro se aproximó, el perro se puso de pie y empezó a ladrarle, impidiéndole así que comiera.

–Éste es el zacate que siempre como –dijo el toro–. Déjame comer, tengo hambre y tú no te alimentas de hierba.

Pero aunque el perro no iba a comer el zacate tampoco dejó que el toro se acercara.

Y así sucede en la vida. Hay quienes no comen y tampoco dejan comer.



La historia de los caminantes

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Dos amigos iban por el camino cuando de pronto uno de ellos vio un bulto de tela y exclamó:

–Qué buena suerte tengo. Me he encontrado mucho dinero, el pañuelo está lleno de oro.

–No digas: “Yo me he encontrado mucho dinero”. Di: “Nosotros

tenemos suerte. Hemos encontrado un pañuelo lleno de dinero”.

Es necesario que los que juntos caminan, juntos se alegren.

Pero el que había encontrado el dinero repuso con enojo:

–Yo lo he encontrado y yo me lo guardo.

Al poco rato oyeron gritar a unos hombres que venían corriendo por el camino.

–¡Alto! ¡Ladrones!

Cada uno de los hombres llevaba un palo en la mano. Ellos eran los dueños del pañuelo de monedas y creían que los dos amigos les habían robado.



El que había levantado el dinero del piso se espantó y dijo:

–¿Qué vamos a hacer si nos atrapan con este dinero?

Y entonces su compañero le respondió:

–Antes no querías decir “nosotros”, pues ahora sigue diciendo “yo”.

¿Qué habrá sido de estos dos amigos?



Una aparición de la Virgen

[NAHUAS Y TOTONACOS DE LA SIERRA]

Se dice que un domingo de octubre, hace casi cien años, ocurrió algo prodigioso en el peñón de Jonotla, en la sierra de Puebla. No paraba de llover. Había sido una semana de bruma y aguaceros. Después de varias horas de oscuridad, hacia las tres de la mañana, se vio una luz resplandeciente. La luz se apagaba y se encendía como si fuese un faro.

Toda la gente que estaba despierta por el ruido del temporal pudo ver la luz. Al amanecer mucha gente hablaba de las luces que se habían visto en el peñón. Quienes habían estado dormidos no sabían de qué se hablaba.

Hacia las nueve de la mañana pasaron por el lugar un muchacho y su madre. Él se llamaba Fidel Alejandro de Jesús Carreón. Eran muy pobres, les había ido muy mal últimamente. Iban a vender algo de leche para obtener dinero y poder comprar otros alimentos. De pronto, Fidel escuchó una música muy suave y una voz maravillosa. Siguiendo la voz, Fidel llegó a una roca que desprendía una luz fortísima. Dentro de la luz podía verse la imagen de la Virgen de Guadalupe. Cuando el muchacho la vio, se desmayó.



Después de un rato, Fidel Alejandro corrió con su madre y le explicó lo sucedido. La madre no sabía qué hacer. ¿Sería verdad que se había aparecido la Virgen? Entonces pasaron otros rancheros y entre todos acudieron al sitio. Era cierto, la Virgen se había aparecido en medio de la tempestad.

Fidel, su madre y los demás rancheros bajaron al pueblo y dieron la noticia del milagro. Después se hizo una capilla en el peñón, en el lugar en el que se había aparecido la Virgen.



Una mujer y su marrano

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Cierto día una mujer encontró una moneda y decidió utilizarla para comprar un marrano. Al terminar su trabajo fue a la plaza y compró un marranito blanco que estaba muy bien. Le amarró la pata con un lazo y emprendió el camino a casa.

A medio camino había una cerca muy larga. No había modo de rodearla.

–Marrano, hazme el favor de brincar la cerca –dijo la mujer.
Pero el marrano no quiso brincar.

La mujer se dio cuenta de que si el marrano no saltaba ella llegaría tarde a su casa. Caminó un poco y se encontró con un perro.

–Perro, muerde a mi marrano para que pegue un salto y brinque la cerca.

El perro no quiso hacerlo.

Entonces la mujer vio que había un palo y le dijo:

–Palo, pégale al perro para que muerda al marrano para que el marrano brinque la cerca.

El palo no quiso.

Luego la mujer vio lumbre y se le ocurrió pedirle el favor.

–Lumbre, quema al palo para que le pegue al perro para que muerda al marrano para que brinque la cerca.

La lumbre no estaba de humor.

Ah, pero había por ahí una ollita con agua.

–Agua, dile a la lumbre que la apagarás porque no quiere quemar el palo, que no quiere pegarle al perro, que no quiere morder al marrano para que brinque la cerca.

Y el agua tampoco quiso.

En eso apareció una vaca.

–Anda, vaca, bébete el agua porque el agua no apaga la lumbre y la lumbre no quema el palo y el palo no le pega al perro y el perro no muerde al marrano y el marrano de plano no brinca.

La vaca no hizo caso. Pero justo en ese momento apareció un hombre, y la mujer se dirigió a él:

–Señor, agarre a esa vaca porque no quiere beberse el agua, que no quiere apagar la lumbre, que no quiere quemar el palo, que no quiere pegarle al perro, que no quiere morder al marrano para que brinque la cerca.

Pero el hombre tampoco quiso hacer lo que la mujer le pedía.

Entonces la mujer vio un lazo.

–Lazo, cuelga a ese hombre que no quiere agarrar a la vaca que no quiere beberse el agua que no quiere apagar la lumbre que no quiere quemar el palo que no quiere pegarle al perro que no quiere morder al marrano que no quiere saltar la cerca.

El lazo no quiso hacer lo que se le pedía.

Así fue como apareció un ratón.

–Escucha, ratón, roe por favor el lazo porque el lazo no quiere colgar al hombre, y el hombre no atrapa a la vaca, y la vaca no se bebe el agua, el agua no apaga la lumbre, la lumbre no quema el palo, el palo no le pega al perro, el perro no muerde al marrano, el marrano no brinca y yo llegaré tardísimo a mi casa.

El ratón no estuvo de acuerdo. Pero siempre hay un gato cerca de un ratón y ésta no fue la excepción. “A ver qué pasa con el gato”, pensó la mujer...

–Gato, atrapa al ratón porque el ratón no roe el lazo, y el lazo no cuelga al hombre, el hombre no sujeta a la vaca, la vaca no bebe el agua, el agua no apaga la lumbre, la lumbre no

quema el palo, el palo no le pega al perro y el perro no quiere morder a mi marrano para que brinque la cerca.

–Está bien –respondió por fin el gato–. Si usted me trae un poco de leche de vaca yo haré lo que me pide.

La mujer se acercó a la vaca con esta nueva petición:

–Vaca, vengo a que me des leche.

–Está bien –respondió la vaca–. Si me trae un poco de zacate de maíz yo le daré la leche.

Y dicho y hecho: cuando la vaca acabó de comerse el zacate de maíz le dio a la mujer un poco de leche.



El gato bebió la leche, se lamió los bigotes satisfecho y de inmediato atrapó al ratón, y el ratón empezó a roer el lazo, y el lazo comenzó a colgar al hombre, y el hombre comenzó a sujetar a la vaca, y la vaca empezó a tomar el agua, y el agua empezó a salpicar para apagar la lumbre, y la lumbre empezó a quemar el palo, y el palo se puso a pegarle al perro. Entonces el perro le dio una buena mordida al marrano...

El marrano chilló, brincó la cerca, y así fue como la mujer pudo regresar ese día a su casa.



El hombre que hacía milagros y el horno de pan

[TOTONACOS DE LA SIERRA]

Había una vez un hombre que hacía milagros. Después de haber desempeñado diferentes oficios, el hombre entró a trabajar en una panadería. Cumplía bien con su trabajo y horneaba un delicioso pan.

Cierta tarde, cuando ya había concluido su horario de labores, el hombre que hacía milagros metió en el horno a una mujer

muy vieja y muy fea. Encendió el horno, esperó y al cabo de un rato lo abrió, introdujo la pala de madera con la que se saca el pan... y salió una muchacha joven y hermosa.

El dueño de la panadería, que había estado observando a escondidas, no lo pensó dos veces. Corrió a buscar a su esposa y la metió en el horno. Después de un rato abrió el horno ilusionado, pero sólo salieron cenizas. Entonces el dueño de la panadería salió corriendo desesperado en busca del hombre que hacía milagros. Lo encontró en la plaza, paseando en compañía de la joven que había sacado del horno.

–Oh, Dios mío, mira lo que he hecho. Quise convertir a la buena de Domitila en una muchacha joven y a cambio la he transformado en cenizas.



El hombre que hacía milagros se apiadó de su jefe. Verificó que toda la ceniza estuviera dentro y encendió el horno. En unos minutos salió Domitila, un poco más vieja y un poco más fea de lo que era antes de que su marido la metiera al horno.

–Ya lo ves –dijo el hombre de los milagros–. Ahora aprenderás a conformarte con lo que tienes.



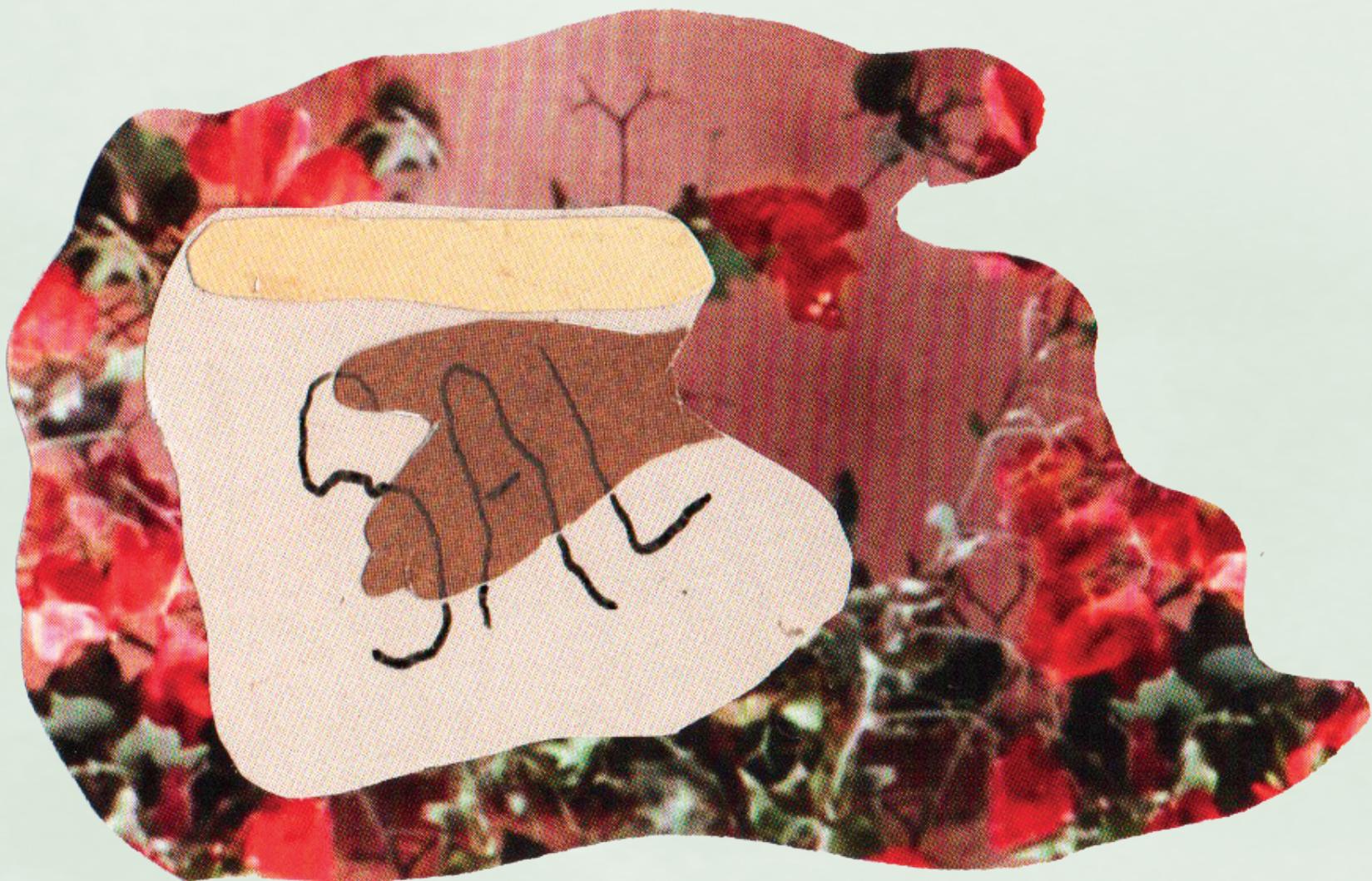
Los dos burros

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Aquel día iban por el camino dos burros cargados con mercancías. Uno de ellos llevaba sal y el otro llevaba telas. De pronto se hallaron frente a un río; si querían seguir sin muchos rodeos tenían que cruzarlo. El que iba al frente, que llevaba la sal, empezó a atravesar la corriente. El agua lo cubría cada vez más y mojaba su carga, pero el burro avanzó sin problemas hasta que estuvo del otro lado.





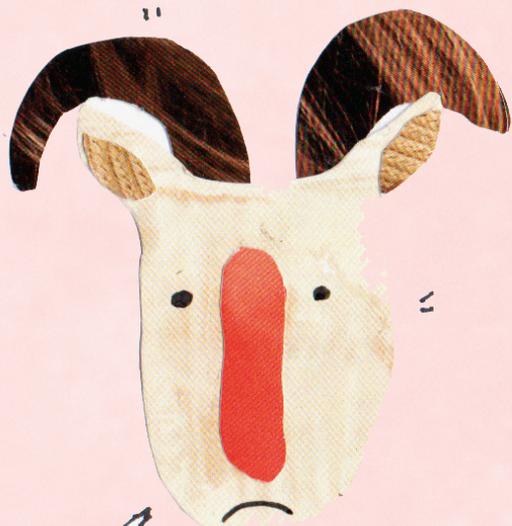


Cuando salió del río, el primer burro se veía mucho más ligero que antes, pues el agua se había llevado y había diluido una buena parte de la sal de los costales.

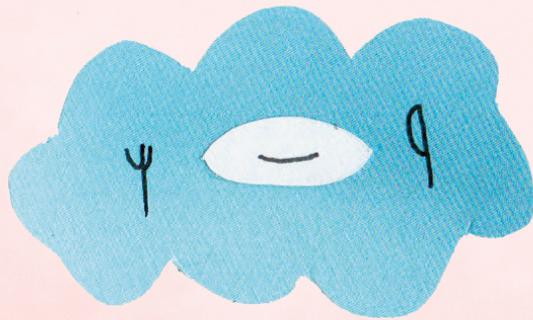
“Vaya, veo que ha salido como si nada, incluso se le ve más fresco y con ganas de seguir caminando”, se dijo el segundo burro, que observaba desde la otra orilla. “Cruzaré yo también.”

El segundo burro entró en el río. Conforme el agua mojaba las telas, la carga pesaba más y más. Al llegar a la otra orilla el burro se sentía fatigado y veía que no podía con el peso.

Por eso decimos que no siempre es bueno imitar a los demás. Cada quien tiene sus propias circunstancias.



di BAAH!?



di GOR DO!?



di OOINK!?

Cuento de un burro y de un cochino

[POPOLOCAS DE SAN MARCOS TLACOYALCO]

Un día se olvidaron de darle de comer al burro. Tenía mucha hambre, así que se soltó del mecate y se dirigió al chiquero. Allí se comió las sobras que había dejado el cochino.

–Caramba, burro, tú trabajas tan duro y no te dan bien de comer. En cambio a nosotros los cochinos no nos hacen trabajar, nos dan abundante comida y nos bañan con frecuencia. Te compadezco.

Entonces el burro respondió al cochino:

–Es verdad lo que dices, trabajo muy duro y a veces no me dan bien de comer. Pero viviré más tiempo que tú.

–¿Y tú qué sabes? –respondió el marrano ofendido.

–Hoy me llevaron al mercado y he venido cargando sobre mi lomo un montón de pencas de maguey –contestó el burro–. Mañana se casa el hijo de nuestro amo y van a hacer una gran barbacoa de cochino, guajolote y carnero.

–¿Qué haremos? –exclamó el cerdo, dirigiéndose al guajolote y al carnero.

–Escaparemos esta noche –dijo el carnero.

–Pero estoy muy gordo y no podré salir por la puerta del corral

–repuso el cerdo.

–No te preocupes. Yo investiré el corral, romperé las tablas y podrás salir –dijo el carnero.

Cuando se puso el sol los animales oyeron a los amos hablar de los preparativos para el banquete: no había duda, tenían pensado comérselos a todos.

A las doce de la noche el carnero dio un gran empujón y rompió parte del corral. El cerdo pudo salir y pronto ambos

animales emprendieron la huida, seguidos de cerca por el guajolote, que caminaba algo más despacio.

Cuando amaneció, los amos acudieron al corral y se dieron cuenta de que los animales se habían ido. Siguieron las huellas, se internaron en el monte, pero por mucho que buscaron no lograron encontrarlos. Así que regresaron a su casa y no tuvieron banquete.

Por su parte, los animales pasaban miedo al estar lejos del corral. La primera vez que se les hizo de noche en el monte se dieron cuenta de que no tenían manera de protegerse del coyote, así que idearon un plan.

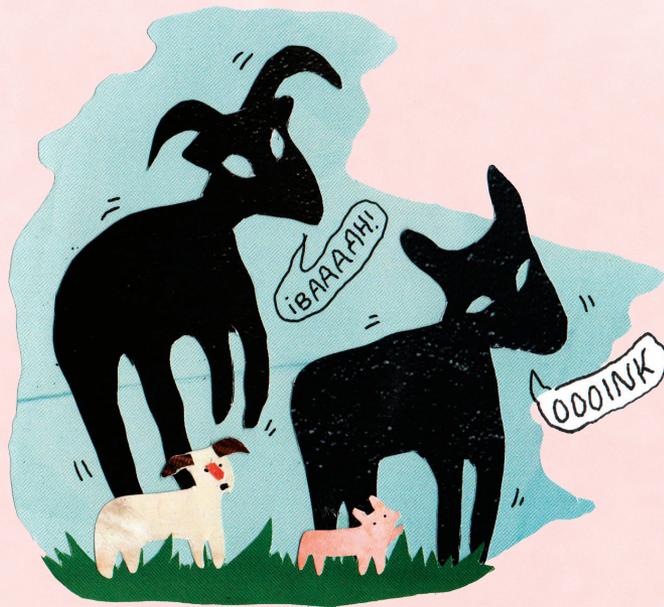
El carnero le dijo al guajolote:

–Duérmete en una de las ramas del árbol, tan alto como puedas llegar. Cuando oigas venir al coyote, nos avisarás para que podamos defendernos.

Y así ocurrió. Cuando el coyote se acercó, el guajolote gritó desde su rama:

–¡Gordo, gordo, gordo! –que es lo que los guajolotes mejor saben decir.

Además el guajolote se esponjó haciendo un gran escándalo con sus plumas. El carnero baló con fuerza y además se puso a patear el piso. Y el cerdo gruñó estruendosamente. Cuando el coyote oyó todo esto tuvo miedo y ya no se quiso acercar.



El cochino, el carnero y el guajolote repitieron esta rutina cada noche durante dos meses y así lograron mantenerse a salvo en la montaña. Transcurrido ese tiempo, los animales se dijeron:

–Está bien. Quizá los amos ya entendieron y se van a portar mejor con nosotros. Quizá ya no nos van a matar.

Los tres amigos –ya se habían vuelto amigos durante esta aventura– emprendieron el regreso. Caminaron durante la noche y llegaron al ranchito antes de que saliera el sol. Al despertar, sus amos los vieron en el corral y se pusieron muy contentos.

–Los animales que habíamos perdido han regresado. Qué bueno. Ya no diremos nunca más que los vamos a matar.

Siempre les dieron cosas buenas de comer, y así vivieron.



El conejo y el zorrillo

[POPOLOCAS DE SAN LUIS TEMALACAYUCA
Y SAN MARCOS TLACOYALCO]

Había una vez un conejo que se encontró unas monedas.

“Si compro pan, pronto se me acabará. Si compro un dulce o una galleta, se me acabará también”, pensaba el conejo. “Si compro un poco de lana, pronto se terminará. ¡Ya sé! Mejor compraré una guitarra. Sí, eso será lo mejor.”

Así que el conejo se dirigió con ilusión al mercado, compró una guitarra y se puso a tocarla. Estaba tocando buena música cuando llegó el zorrillo.

–Préstame tu guitarra un ratito –dijo el zorrillo.

–No, porque a lo mejor me la robas.

–No, no te la robaré.

El conejo le prestó la guitarra al zorrillo. El zorrillo estuvo largo rato con ella, haciendo ruido más que música.

–Bueno, ahora sí dame la guitarra porque ya me voy –dijo el conejo.



–No. No es tuya y no te la doy –le dijo el tramposo zorrillo–.
Y si sigues molestando te rociaré hasta queapestes.

El conejo se puso a llorar de rabia. El zorrillo se cambió de lugar y fue a sentarse del otro lado del camino. No se dio cuenta pero se sentó en un hormiguero. Eran tantas las hormigas que picaban al zorrillo, que éste dejó caer la guitarra.

Entonces el conejo paró de llorar, recogió su guitarra y se fue contento, haciendo música.



La muchacha que se convirtió en sirena

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Había una vez una muchacha a la que le gustaba mucho jugar cuando la mandaban a traer agua. Se metía en el río y pasaba largo rato bañándose y chapoteando. También jugaba en el monte.



–No te pases tanto tiempo metida en el río –le decía su madre–, un día te vas a quedar allí y ya no vas a poder volver.

Pero la muchacha, que ya era grandecita, no le hacía caso.

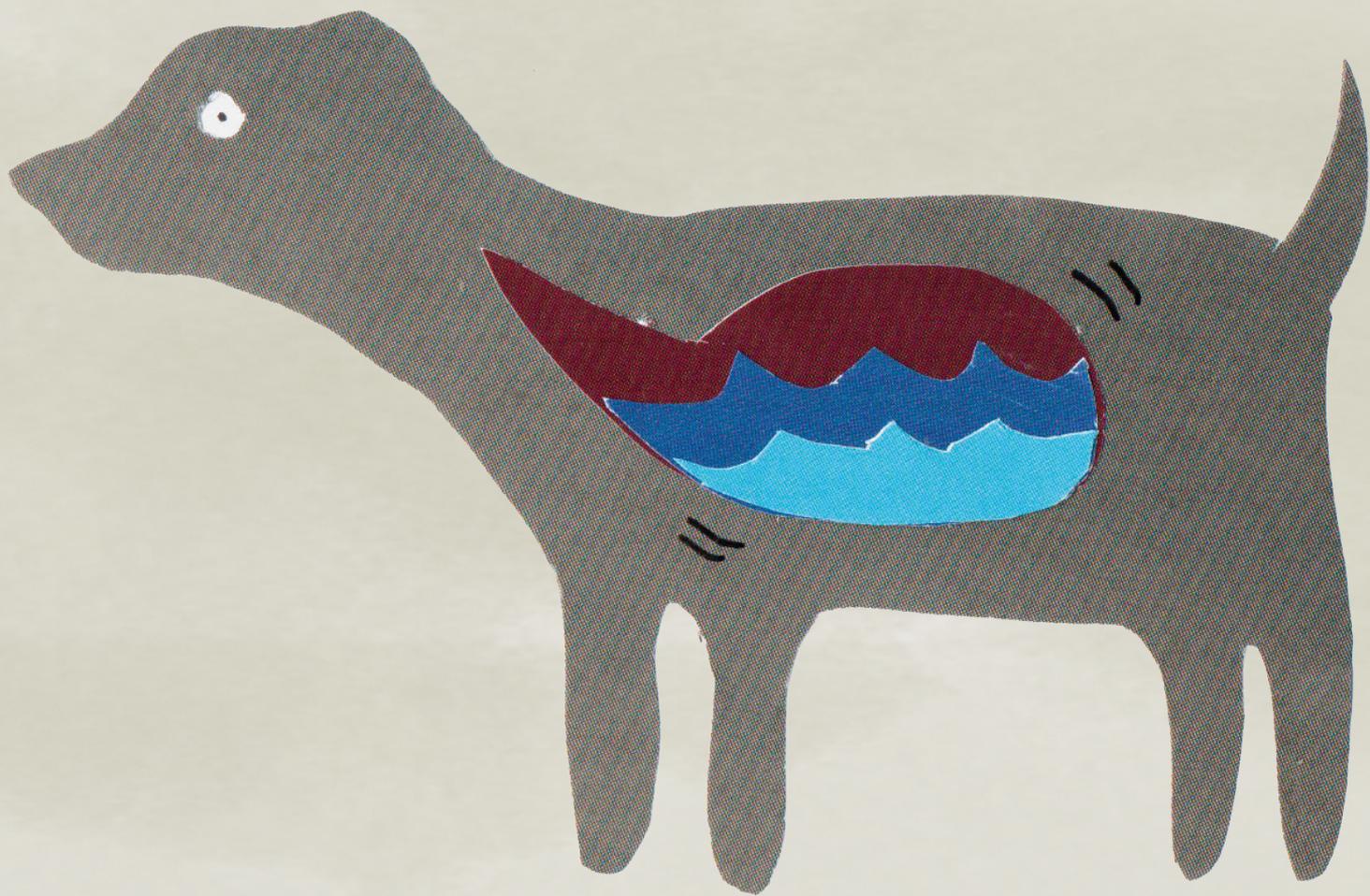
Una vez la jovencita fue por agua y ya no regresó. La madre le avisó a su marido lo que ocurría con la hija y al día siguiente fueron ambos a buscarla al río. La encontraron dentro del agua, junto a una piedra grande. Estaba llorando porque se había convertido en sirena.



Los perros hambrientos y la empresa imposible

[NAHUAS DE LA SIERRA]

Cierto día había unos perros hambrientos merodeando por la orilla del río. De pronto, los perros vieron unos cueros de vaca metidos en el agua. Su dueño los había dejado allí para suavizarlos. Un cuero es algo muy sabroso para un perro. Bien, pues los perros decidieron comerse los cueros, pero estaban bastante sumergidos y no era fácil entrar en el agua para obtenerlos.



Uno de los perros se hizo cargo de la situación:

–Bebamos el agua, amigos, y así podremos recuperar los cueros.

Dicho y hecho: todos los perros empezaron a dar lengüetazos para beberse el agua. Bebieron y bebieron hasta que todos quedaron panzones, pero el río seguía corriendo; todavía había mucha agua que beber.

Esto nos hace pensar que no hay que meterse en una empresa imposible de terminar.

Los cuentos*

“Las sirenas de la sierra”. Nahuas de la sierra. Xalacapan, zona de Zacapoaxtla. Narrador: Heraclio Oropeza. Recopilación y versión al inglés de Arch McKinlay.

“Los duendes del bosque”. Nahuas de la sierra. Xalacapan, zona de Zacapoaxtla. Narrador: Heraclio Oropeza. Recopilación y versión al inglés de Arch McKinlay.

“La serpiente que se convirtió en Venus”. Totonacos de la sierra. Recopilación original y traducción del totonaco de Elizabeth Aschmann. Versión de Fernando Horcasitas.

“Sentiopil, el hijo del maíz”. Nahuas de la sierra. San Miguel Tzinacapan.

“Las brujas de la sierra”. Nahuas de la sierra. Atenti, Tetela de Ocampo. Narrador: don Felipe Lemus.

* Versiones seleccionadas de la colección formada por Luz del Carmen Cuéllar Valcárcel y Paloma Escalante Gonzalbo para este proyecto.

“Cómo atacaban los coyotes”. Nahuas de la sierra. Tetela de Ocampo.

Narrador: don Felipe Lemus.

“La Llorona anda por los caminos de la sierra”. Nahuas de la sierra.

Atenti y otros pueblos cercanos, Tetela de Ocampo. Narradores:
don Felipe Lemus, Lucía Sánchez y otros.

“La tortuga invitada a la boda”. Otomíes. Narradores: Donaciana

Martín, Victorino Gómez y Pedro Godínez.

“La señora de blanco, una historia de miedo”. Otomíes de la sierra.

Narradora: Elizabeth Ramírez Contreras. Traducción de
Margarita de la Vega Lázaro.

“El maíz y los pájaros carpinteros”. Nahuas de la sierra. San Miguel

Tzinacapan.

“Los escondites del general”. Nahuas de la sierra. Atenti, Tetela de

Ocampo. Narrador: don Felipe Lemus.

“El tesoro del Popocatepetl”. Tradición nahua de Huaquechula.

Recopilación de Pablo Escalante Gonzalbo.

“Cuando los espíritus andan por el campo”. Nahuas de la sierra.

Xalacapan, zonda de Zacapoaxtla. Narrador: Heraclio Oropeza.

Recopilación y versión al inglés de Arch McKinlay.

“De cómo se hicieron amigos el perro y el coyote”. Otomíes.

- “Los pretendientes de la Malinche”. Tradición nahua de Cuauhtinchan.
Recopilación de Pablo Escalante Gonzalbo.
- “El demonio que vive en la montaña”. Popolocas. Narrador: don Rafael.
Recopilación y versión de María del Socorro Alejandra Gamez
Espinosa.
- “El dios del maíz y las mazorcas apolilladas”. Nahuas de la sierra.
Zona de Pahuatlán. Transcripción original de Eliana Acosta
Márquez.
- “El señor que curó a la hija del dios del maíz”. Totonacos. Narradora:
María Salazar Francisco. Traducción de Domingo Francisco
Velasco.
- “El perro y el toro”. Nahuas de la sierra. Xalacapan, Puebla.
- “La historia de los caminantes”. Nahuas de la sierra. Xalacapan,
Puebla.
- “Una aparición de la Virgen”. Nahuas y totonacos de la sierra. San Juan
Jonotla. Recopilación de las versiones locales de Alfredo Martín
Olguín Pérez.
- “Una mujer y su marrano”. Nahuas de la sierra.
- “El hombre que hacía milagros y el horno de pan”. Totonacos de la
sierra.

“Los dos burros”. Nahuas de la sierra. Xalacapan, Puebla.

“Cuento de un burro y de un cochino”. Popolocas de San Marcos
Tlacoyalco, Tlacotepec. Recopilación y traducción de Paulita
Machín y Sharon Stark.

“El conejo y el zorrillo”. Popolocas de San Luis Temalacayuca y San
Marcos Tlacoyalco.

“La muchacha que se convirtió en sirena”. Nahuas de la sierra.
Narradora: Juana Francisca Arroyo. Recopilación de Armando
Alcántara Berumen.

“Los perros hambrientos y la empresa imposible”. Nahuas de la sierra.
Xalacapan, Puebla.

Bibliografía

Acosta Márquez, Eliana, *La constitución y deterioro del cuerpo. Una exploración etnográfica sobre la noción de persona a través de la relación del itonal y el chikawalistli entre los nahuas de Pahuatlán, Puebla*, tesis de doctorado, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2013.

Alcántara Berumen, Armando, *Entre trama y urdimbre. Simbolismo mítico y ritual en San Andrés Tzicuilan, Puebla*, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1998.

Ávila Soriano, Abraham, *Algunos aspectos etnoherpetológicos de un municipio totonaco de la sierra norte de Puebla*, tesis de licenciatura en biología, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Superiores-Iztacala, 1987.

Castillo Rojas, Alma Yolanda, *Encantamientos y apariciones. Análisis semióticos de relatos orales recogidos en Tecali de Herrera, Puebla*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

Cuentóe colochó co cocochi. Cuento de un burro y de un cochino, México, Instituto Lingüístico de Verano, Secretaría de Educación Pública, 1974.

Cuentos de los antiguos totonacos, México, Instituto Lingüístico de Verano / Secretaría de Educación Pública, 1972.

Gamez Espinosa, María del Socorro Alejandra, *El ciclo ritual agrícola en una comunidad popoloca del sur de Puebla: San Marcos Tlacoyalco*, tesis de doctorado, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2006.

- Gómez Ruiz, Verónica Rosalía, *La promesa: iniciación de una curandera otomí en Acalmancillo, sur de la Huasteca poblana*, tesis, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2010.
- In itskwímmej ten mayánayaj. Los perros que tenían hambre*, México, Instituto Lingüístico de Verano, s. f. (copia del archivo permanente de alfabetización).
- In sihuat huan ipitzou. Una mujer y su marrano*, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1967.
- Lozada, Luz María, "El espíritu del maíz. Circulación anímica y cocina ritual entre los totonacos de la sierra norte de Puebla", *Nuevo Mundo – Mundos Nuevos*, 2014.
- Masferrer Kan, Elio, *et al.*, *Etnografía del estado de Puebla. Puebla norte*, México, Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, 2003.
- Mondragón, Lucila, Jacqueline Tello y Argelia Valdéz, *Relatos otomíes. Nfni hñähñu*, México, Dirección General de Culturas Populares, 1995 (Lenguas de México, 15).
- Ná cuentoé ná colano. Cuento de un conejo*, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1980.
- Nijin cuentos ten tahuetzquitiaj. Cuentos cómicos. Xalacapan, Puebla*, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1950.
- Olguín Pérez, Alfredo Martín, *El problema del susto en San Juan Jonotla, Puebla. En la segunda mitad del siglo xx*, tesis de licenciatura, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2003.
- Poury-Toumi, Sybille. De palabras y maravillas. Ensayo sobre la lengua y la cultura de los nahuas. Sierra norte de Puebla*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Conaculta, 1997.

Relatos totonacos, recopilación de Rosa Isela Albarrán, México, Dirección General de Culturas Populares, 2002 (Lenguas de México, 5).

Sánchez Lemus, Lucía, *Atenti, un pueblo de mitos*, Puebla, Dirección General de Culturas Populares, Unidad Regional Puebla.

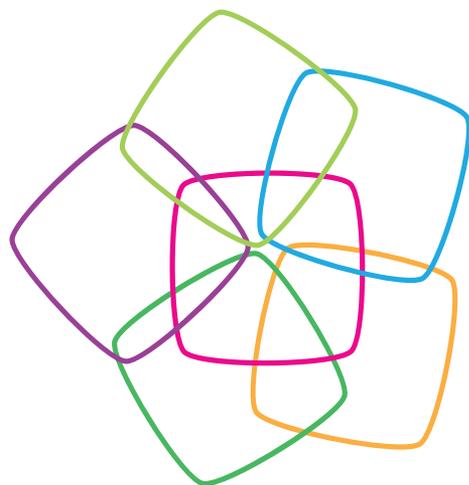
Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del Centro de Estudios y Promoción Educativa para el Campo, *Les oíamos contar a nuestros abuelos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

Tlalocan, volúmenes IV, V y VI, 1963-1969.

Cuentos indígenas de Puebla

se terminó de imprimir en 2015
en los talleres de REPRODUCCIONES GRÁFICAS AVANZADAS
21 Sur núm. 2308, Col. Volcanes, C. P. 72410, Puebla, Pue.

En su composición tipográfica se utilizó la familia Egyptienne F LT Std.
Impreso en papel couché mate de 150 gramos y cartoné.
El tiraje consta de 1000 ejemplares.



¡El Museo Amparo va por ti!

ISBN: 978-607-95918-7-8



9 786079 591878